

Camilo Branchi

El caso Cambiaso (1)

UN DRAMA DE LA HISTORIA DE CHILE

I



QUIEN no ha oído mencionar, en Chile, el nombre de Cambiaso, prototipo del “más criminal y terrible episodio de nuestra historia contemporánea?” —según se expresa don Benjamín Vicuña Mackenna y añade—: “Las madres chilenas asustaban a sus niños al solo pronunciar su nombre”.

Cambiaso, este apellido italiano, mejor aún, genovés, ¿cómo no podía interesarme cuando, hace muchos años, llegué a la América Latina en busca de argumentos, y lo oí pronunciar con desprecio como el del más execrado criminal que haya existido en el mundo? ¿No tenía, acaso, bastante atracción para elevar al punto candente mi curiosidad y provocar mis facultades de investigación histórica? Bien sabía que el nombre era ya famoso desde los tiempos de la República de Génova, habiéndolo llevado jurisconsultos y marinos, y que en el siglo XVI había pertenecido al pintor más célebre de Liguria, Lucas Cambiaso, y que ahora, también en Chile,

(1) Conferencia dictada en el Salón de Honor de la Universidad de Concepción, el 26 de abril de 1955.

lo llevan conspicuas e industriosas familias. ¿Entonces? ¿No podía yo investigar por mi cuenta y, quién sabe, encontrar algo que me permitiera limpiar el nombre de este oficial, caudillo de los amotinados de Punta Arenas, fusilado y descuartizado horrorosamente en Valparaíso, hace un siglo? ¿De ese joven que, aunque nacido en Chile, era de ascendencia italiana?

Desde ese momento me dediqué a esta tarea histórica e inmediatamente encontré que la fuente primera procedía del eminente historiador Benjamín Vicuña Mackenna cuyo libro *Cambiaso*, escrito en 1877, se había vuelto clásico debido al prestigio de que su autor gozaba. Naturalmente lo leí con mórbido interés. Don Benjamín, más periodista que historiador, tiene el arte de encantar a sus lectores coloreando oportunamente los acontecimientos con esa tinta cargada con “más fantasía que amor a la verdad”, como él mismo escribe al comentar uno de sus viajes.

A medida que avanzaba en la lectura, mi sorpresa llegó al colmo. El autor —que desde Bartolomé Mitre hasta Rubén Darío celebran como el más grande de los historiadores de la América Hispánica y al cual se está levantando un monumento en París—, ha repartido en cada una de sus 271 páginas un sinnúmero de insultos, de injurias, de cotumelias, de maldiciones contra el infeliz teniente José Miguel Cambiaso. Para que mis oyentes se enteren del estilo pintoresco y de la riqueza de su léxico voy a presentar una reducida muestra de las invectivas, las que fortalecieron en mí la sospecha que algo se podía aclarar en el caso Cambiaso.

Principiaremos con los epítetos sencillos, es decir con “pillo, díscolo, tigre, insubordinado, perverso, bandolero, monstruo, parricida, asesino, cobarde, villano, maldito, exterminador, verdugo”. Serían, éstos, insultos de poco alcance si no tuviéramos los epítetos compuestos de dos palabras como “réprobo horrible, perversa naturaleza, vulgar malvado, seductor de Petorca, ominoso subalterno, genio maléfico, monstruo abominable, mozo horrible, reptil voraz, serpiente de cascabel, demonio del crimen, homicida consuetudinario, abominable sátrapa, incendiario sacrílego, rostro hipócrita, díscolo

subalterno, giaur asesino, alma dañada, cínico tirano”. ¿Acaso, no son éstos suficientes para matar moralmente a un hombre? Pues bien, don Benjamín acrecienta la dosis con contumelias más complejas de 3, 4, 5, hasta 20 palabras —de las cuales aquí reproducimos algunos ejemplos—. Escúchenlas: “fatal engendro de su madre; asquerosa hiena de los cementerios; reptil sediento en el lodo; cobarde y sanguinario galeote; ladrón con escalamiento y fractura; feroz y atrevido malhechor; espíritu hipócrita y vil; mozo cruel y pedante; monstruo asesino e incendiario; ladrón cobarde y aleve; lodo sangriento con que había sido amasada su alma; alma opaca, hedionda e insondable como el cieno; horrible mozo en que había algo de lo que constituye la vida orgánica del boa constrictor; calculador frío, sistemático, preciso que finge, que emana, que se arrastra, que llora, y que llegado a la encrucijada en que tiene oculta su celada, esconde su puñal en el pecho de la víctima y quema y espolvorea en seguida al aire sus cenizas”. ¿Y creen ustedes, mis oyentes, que así termina? ¡No, señores! Vicuña Mackenna lo parangona, ¡nada menos que con Nerón, Calígula, Marat, Carrier, Carvajal, Benavides, Florín, la Quintrala, al tirano Aguirre y hasta con Masaniello! ¡Nuestro autor no proclama “Cambiaso fué el César Borgia de América” sino que ¡¡¡“César Borgia fué el Cambiaso de Europa!!! Y termina exclamando solemnemente: “¡Sólo Dios puede perdonar a Cambiaso. Los hombres, jamás por jamás!”

Sin duda alguna, Vicuña Mackenna perdió, además de la calma, el sentido común, faltando a la dignidad de su pluma. En efecto, no hay en él el sereno juicio del historiador sino la exhibición de un odio profundo. ¿Por qué motivo? ¿Por qué ultrajar tanto la memoria de un muerto que ya había pagado su deuda con la vida, de un hombre que había sido su correligionario en la misma revolución y de la cual su padre, don Pedro Félix Vicuña, “había sido el alma y la mente —según dijo Francisco Encina en su *Historia de Chile*—, de un hombre, en fin, que como él había sido condenado a muerte con la diferencia que mientras Cambiaso subía al cadal-

so, él —don Benjamín— subía a California a vender trigo y porotos?”

Cambiaso, como tipo creado por Vicuña Mackenna, sirvió de modelo a los otros historiadores, pero vino amoldándose por el camino con Augusto Orrego Luco que se burla de la fantasía del chileno-irlandés; con José Toribio Medina que, traduciendo el memorial del capitán Brown, trae nueva luz al acontecimiento; con Francisco Encina que tachando de impostor al capitán García, cómplice de Cambiaso, es, como juez, el más sereno de todos. No así podemos decir de Enrique Bunster, quien en su reciente *El motín de Punta Arenas* se muestra, como detractor, digno satélite de don Benjamín.

Pues bien, leyendo los relatos de estos acusadores, la copia que nos queda del proceso de Valparaíso, y los memoriales de los testigos que participaron en el motín, se observa que Cambiaso no tuvo solamente un acusador público sino centenares de ellos, pero ni un defensor. Su proceso fué unilateral. ¡La sentencia estaba ya escrita!

Permítaseme que hoy, yo tome la defensa del supuesto enemigo número *uno* de un Chile que ya pasó a la historia. Y a la par del público acusador Vicuña Mackenna, que pintó de negro los acontecimientos deduciendo de ellos las peores intenciones del reo, déjenme que yo, como defensor, con el mismo derecho, pinte de blanco los mismos sucesos deduciendo de ellos, en cambio, las mejores intenciones. A este punto cabe decir que si Cambiaso no fuera de origen italiano sino de otra nacionalidad, bien valdría la pena de vengar su memoria, como una de las tantas víctimas de la historia.

Sin embargo, señores, no se me entienda mal: yo no vengo aquí a celebrar la inocencia del caudillo de Punta Arenas, presentándolo como un inocente caído en una banda de malhechores. ¡No, por supuesto! Vengo a probar que fué un revolucionario vanaglorioso y sin escrúpulos; hijo de su cruel siglo, pero no más criminal que cientos de otros que pasan hoy por patriotas y hasta héroes: hijo de un ambiente malsano, cuna de motines, por lo cual, el suceso en que actuó no se puede separar de los otros episodios de la Guerra Civil; y que, en fin, como todos sus correligionarios tenía derecho a la indul-

gencia que Montt otorgó, después de la batalla de Loncomilla, y no a la ejecución que hizo horrorizar a todo el mundo civilizado.

Por esto, antes de narrar la historia del motín de Punta Arenas debo, objetivamente, dar una idea no sólo de la situación política del país, sino también de nuestros protagonistas y del ambiente de la Colonia Penal al principio de su malaventurada existencia.

II

La epidemia revolucionaria que, como ciclón, había pasado sobre Europa en 1848, ensangrentándola con motines y guerras, llegó a Chile en 1850, y se propagó *incontinenti* en el elemento juvenil en nombre de la libertad contra el viejo partido de los pelucones. El evento que desató el desastre fué la decisión del Presidente Bulnes de imponer como su sucesor a don Manuel Montt en abierta oposición con los liberales, los cuales tomaron partido en nombre del general José María de la Cruz. Los primeros conatos revolucionarios ocurrieron en San Felipe, Valparaíso, y culminaron en Santiago, dando lugar en la Alameda a una verdadera batalla, el 20 de abril de 1851, con centenares de muertos y heridos. Treinta y dos intelectuales fueron condenados a muerte —entre los cuales Francisco Bilbao, Eusebio Lillo, José Miguel Carrera (hijo) y Benjamín Vicuña Mackenna—. ¡Pero ningún sufrió la pena. Los dos últimos, después de tres meses de cárcel, se fugaron mediante una estratagemma, aprovechando la visita de dos damas de la aristocracia, las cuales mudando sus polleras por pantalones, permitieron a los héroes de tanta hazaña huir hacia la libertad!

Las urnas, en junio, dieron la victoria a don Manuel Montt, y esta elección, tachada de fraudulenta por los adversarios, precipitó la revolución en Guerra Civil, pues el general de la Cruz, incitado y dirigido por su secretario don Pedro Félix Vicuña, se subleva y se prepara para marchar contra Santiago. El 7 de septiembre se levanta La Serena, donde Carrera y Vicuña Mackenna se habían refugiado tomando el mando de los amotinados. Don Benjamín, vestido de un

fantástico uniforme, un más fantástico casco, al grito de “Viva Cruz” y con el lema “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, marcha al sur con 322 armados; pero tan pronto se enfrenta con los regulares de Campos Guzmán da vuelta a su caballo y escapa —Francisco Encina, con pintoresca expresión dice, “a mataballos”—. La insurrección del norte acaba con la derrota de Petorca, donde tanto Carrera como Vicuña Mackenna pueden salvarse, retirándose a La Serena.

Al sur los dos ejércitos de Bulnes y Cruz, después de semanas de varias maniobras, se enfrentan y el 8 de diciembre, en el llano de Loncomilla, combaten “con ciego furor como en Lircay —comenta Francisco Valdés Vergara—, sin dar cuartel a los prisioneros ni a los heridos”. La derrota obliga al general Cruz a firmar el tratado de Purapel, el 14 de diciembre; y así, poniendo término a la Guerra Civil, se otorga plena amnistía a los oficiales y a los civiles que habían participado en la revolución. Sin embargo, ésta no se había concluído: quedaba el lejano reducto de Punta Arenas donde la noticia del “cese del fuego” no podía llegar antes de una larga navegación.

III

La historia del Estrecho de Magallanes es una triste odisea pintada con sangre. Motines, naufragios, asesinatos, atrocidades caracterizaron las primeras expediciones de Magallanes, Sarmiento y Cavendish. Para Chile el Estrecho no existió hasta que en la mitad del siglo pasado cuando, con los primeros vapores, Inglaterra izó su bandera en el peñón de Santa Ana, con el propósito de establecer un depósito de carbón en San Felipe, primer paso para la posesión efectiva. Fué solamente en 1840 cuando Chile decidió afirmar su derecho sobre las regiones australes, enviando la corbeta “Ancud”, al mando del capitán Williams, a tomar posesión del Estrecho. En San Felipe el gobierno estableció un fuerte y una colonia penal, pero con tan mala suerte que se convirtió en hospital y decidió el gobernador

Martones, en 1849 trasladar la colonia a un sitio más abrigado, el actual Punta Arenas.

Cuando nuestra historia empieza, la colonia ocupaba un cuadrilátero cintado, a la orilla del mar, compuesto de un fuerte, de la Gobernación con sus edificios y una cuarentena de chozas esparcidas en grandes patios. Vivían en la colonia cerca de 700 personas, es decir, la guarnición de 80 soldados, 55 de los cuales componían la Compañía Fija de Artillería y 25 de infantería formaban la Milicia Cívica; más 346 condenados que libremente podían circular, trabajar y hasta cultivar la tierra; y el resto se componía de mujeres, niños y voluntarios civiles. Los penados —en su mayor parte chilotes, enemigos en ese entonces de los nortinos, tanto que decían "*Chilote pero no chileno*"— eran soldados reos de deserciones que, expiada su condena, debían permanecer en la colonia y si querían incorporarse a la guarnición.

Los oficiales sumaban cinco. Comandante era el capitán de la Compañía de Artillería, Gabriel Salas, chilote, viejo sargento analfabeto, llegado a los galones después de veinte años de servicio en tierras fronterizas, pero sin gozar de prestigio y de autoridad con los subalternos ni con los soldados. Teniente del mismo cuerpo debía ser nuestro protagonista Cambiaso, cuya llegada se esperaba. Los oficiales subalternos eran dos alféreces: Luis Villegas y José del Carmen Díaz, buenos y disciplinados militares pero de humilde condición y educación. Jefe de la Milicia era el teniente Nicanor García, antiguo funcionario (tenedor de libros) que se había improvisado militar; hombre astuto, ambicioso y de respetable aspecto. Completaban la guarnición un cabo, cierto Tapia, y tres remeros que tripulaban la falúa del gobernador. La colonia contaba además un secretario, don Santiago Dunn, de padre inglés pero de nacionalidad brasileña, el capellán padre Gregorio Acuña, un médico, un farmacéutico, un guardalmacén y varios artesanos y vaqueros que no se nombran por haber sido extraños al motín.

Como se observa, el complejo de la colonia penal —en que existían odios de raza, rencores de mando, incompreensión social y tam-

bién inquietudes sexuales— no era el ideal para una vida laboriosa y rutinaria en una región tan aislada y hostil por su naturaleza. Si a todo esto se añade el estado de continuo malestar por el clima, el fermento libertario y el aflojar del prestigio de los jefes durante la vacante entre los dos gobernadores, se comprenderá que la rebelión ya existía en potencia, y que también sin Cambiaso el motín habría estallado cuando la ocasión se presentara como, en efecto, se presentó por segunda vez, en 1877, con la insurrección de los artilleros, en la cual perecieron 21 personas —10 más que con Cambiaso—, tanto que el gobierno de Santiago abolió, el año siguiente, la colonia penal de Punta Arenas, reconociendo así el fatal error en que había caído.

IV

La dos figuras centrales del motín de Punta Arenas son el gobernador, capitán de fragata Benjamín Muñoz Gamero, y el teniente José Miguel Cambiaso. Vale la pena presentarlos. Obvio es decir que Vicuña Mackenna describe el primero como el modelo de los *gentlemen*, y el segundo como el modelo de los criminales. La verdad es que Muñoz Gamero era, efectivamente, un perfecto caballero; sin embargo, a falta de carácter y energía, resultaba un óptimo subalterno pero un pésimo comandante. Tal lo reconoce también don Benjamín cuando dice que “su energía no estuvo a la altura de su previsión”.

Muñoz Gamero nació en Santiago en 1820, miembro de una aristocrática familia. Egresado de la Escuela Militar, entró en la armada, distinguiéndose en tal forma que el gobierno lo honró con el puesto que el Almirantazgo británico ofrecía en su propia marina. Amante más de la paz que de la guerra, cuando las primeras refriegas revolucionarias empezaron, pidió al Presidente Bulnes —del cual había sido secretario— el cargo de gobernador de Magallanes. Llegó a Punta Arenas el 24 de abril de 1851, y halló una colonia penal tan bien organizada cuanto mal dirigida y de tal modo inquie-

ta que escribió a un amigo suyo lo siguiente: "Me hallo en la necesidad de estar muy alerta".

José Miguel Cambiaso nació en Petorca en 1823, hijo de Angel María, médico italiano, según refieren casi todos los historiadores chilenos cuando no callan la nacionalidad. Huérfano a los 13 años, fué recogido por un amigo de la familia y desde entonces vivió en Santa Rosa de Los Andes. "Alto de talla, de perfil hermoso, de nariz aguileña —lo retrata el capitán Brown en su memorial—, de tez rosada, labios rojos, rubio de pelo y colorín de barba con los ojos azules... daban a su rostro —añade— "una belleza digna del estudio de un pintor". Todos los que lo conocieron lo describen como un joven de una versatilidad extraordinaria: sabía entretener una audiencia como ventrílocuo y prestidigitador; hablaba con un tono musical y convencedor al mismo tiempo intercalando amenidades y chistes; era químico, escultor y se deleitaba en escribir versos. No hay razón de incriminarlo si un joven tan bien dotado se vuelve un Don Juan y rapta, a los 18 años, una niña, y también si más tarde convivirá con una cortesana... Eventos éstos en los cuales Vicuña Mackenna ve el delincuente consuetudinario mientras para nosotros no son más que aventuras amorosas... En fin, ¿puede lanzar la primera piedra don Benjamín que se aprovechó de una señorita para fugarse galantemente de la cárcel? Pero si esta aventura hubiera ocurrido a Cambiaso ¿se imaginan ustedes qué fraseología hubiera usado contra el "seductor de Petorca"?

Seguiremos su biografía citando a don Francisco Encina, quien nos relata: Cambiaso, en Santiago, se alistó como soldado en el regimiento de artillería. Inteligente y estudioso, en los ratos que le dejaban libres los deberes del cuartel, asistía a la clase de química que dictaba don Ignacio Domeyko. En el corto espacio de ocho años, ascendió desde soldado distinguido a teniente de artillería.

A los veintidós años Cambiaso está de sargento en Ancud, relacionado con una "cortesana" —escribe don Benjamín, y tuvo que revocar el infamante epíteto a petición de la calumniada dama, publicando no sólo una larga carta de retracción en "El Ferrocarril",

de marzo de 1878, sino también retirar del mercado los libros sin vender— relacionado, corregimos nosotros, con una señorita, cierta Dolores Bórquez, que lo rodea de tal manera que lo induce a casarse. Mientras Cambiaso se arrepiente y se abandona a la bebida, ella, celosa y vengativa, le acusa de envenenamiento. Aunque Cambiaso es absuelto, debe dejar el ejército y vuelve a Santiago para defender su causa.

En la capital, Cambiaso fraterniza con los jóvenes liberales, adhiere a la Sociedad Igualdad (que une a todos los elementos intelectuales de la capital) y ofrece su espada a Francisco Bilbao. Se tiene conocimiento que participó en la columna de la Libertad que desfiló por la Alameda el 14 de octubre de 1850. En ese tiempo se estaba organizando la Compañía Fija de Artillería de Magallanes, y la dificultad de encontrar oficiales para esa guarnición lejana —que se consideraba como lugar de destierro y cuyo clima se comparaba al del Poló Antártico— facilitó a Cambiaso el retorno a las Fuerzas Armadas. En verdad, el teniente gozaba, como oficial, de la estima de sus superiores y, en tan distante región, podía resultar un elemento útil a la patria.

En Punta Arenas Cambiaso se impuso física y moralmente sobre todos los oficiales. Mientras seducía con su cultura y su trato, el teniente García y los subalternos, disentía profundamente de su superior directo, el capitán Gabriel Salas, comandante de la guarnición.

V

Hemos llegado aquí al punto de recoger los hilos esparcidos para poder empezar el relato del motín. Claro está que no lo presentaremos con la pluma saturada de rencor de Vicuña Mackenna sino con ánimo más sereno, interpretando los acontecimientos con lógica benévola y, citando, lo más que sea posible, las mismas frases de los historiadores chilenos, sobre todo las de la *Historia de Chile*, de Francisco Encina.

Cuando el 24 de abril de 1851 el nuevo gobernador llegó a Punta Arenas, encontró un estado de grave tensión entre el capitán Salas y el teniente Cambiaso; el cual teniente se había captado, como se sabe, la simpatía de la guarnición y de los penados por "su fina intuición psicológica y ascendente natural" —según expresa Encina— y especialmente por su actitud política. En efecto, Cambiaso no ocultaba su adhesión a la causa del general Cruz pues, al decir del capitán Brown, debía tener algún enlace con el gobierno crucista de Concepción.

Las relaciones entre el gobernador y los oficiales eran buenas. Con Cambiaso a quien estimaba por su versatilidad e inteligencia se mostró amigo, con el propósito de apaciguar las hostilidades de los dos oficiales. Con los penados, Muñoz Gamero, en cambio, era exigente y los forzaba a un duro trabajo para acrecentar, sin duda, su prestigio en Santiago, sin pensar que el descontento entre las filas, que iba aumentando más y más, podía resultarle fatal.

Como se observa, la situación era tal que bastaba una chispa para que la bomba reventara. Y la chispa llegó con la goleta "Tres Amigos", el 9 de octubre, llevando 7 sargentos del batallón Valdivia, ya condenados a la pena de muerte por el motín del 24 de abril en Santiago, y luego conmutada a 9 años de presidio a Magallanes; individuos, éstos, de baja extracción y de pésimos antecedentes a los cuales "la propaganda igualitaria —según puntualiza don Benjamín— había despertado los instintos del animal carnicero" —a los que Encina añade "y su confinación en Punta Arenas fué error que sólo se explica por la inconsciencia de los gobernantes". Muñoz Gamero trató de pacificarlos tratándolos con cierta liberalidad, pero éstos no eran hombres para comprender la benevolencia del jefe. Crucistas más por espíritu rebelde y enemigos a muerte del régimen de Montt, los sargentos se revelaron desde el primer instante en favor del teniente Cambiaso que, representaba para ellos, el partido de la revolución.

El 10 de noviembre tuvo lugar el incidente que provocó el motín. En un altercado entre Cambiaso y Salas, el teniente desafió al

capitán, y éste ordenó el arresto del subalterno, quien, cargado de grillos, fué puesto en la cárcel común. Cambiaso, enfurecido y humillado, juró vengarse y desde la zelda empezó una denodada propaganda revolucionaria entre los soldados y los presidarios, con éxito sorprendente.

En la noche del 24 al 25 de noviembre, anunciado por un cañonazo, el motín estalló. Cambiaso, librado de la cárcel por su propia guardia, tomó de inmediato el mando de los 200 hombres que se habían reunido en el cuartel, los armó con los fusiles sacados de los depósitos, dió orden de adueñarse del fuerte y apresar a todos los que resistieran. El gobenador, que dormía a pierna suelta, se levantó al disparo y, sorprendido, se acercó a la puerta cerrada del cuartel gritando que se abriera. A su voz, Cambiaso le contestó detrás de la puerta:

—“¡Hay revolución! ¡Vuélvase a su casa y no le pasará nada!”

Por toda respuesta, Muñoz Gamero se retiró, refugiándose en la pieza del capellán Acuña, donde ya un centinela montaba guardia. El capitán Salas, sacado de su cama, fué encerrado en una pieza de la gobernación al cuidado del sargento José Antonio González. El teniente García no opuso resistencia, pues se plegó al movimiento, ofreciéndose como ayudante en el mando a Cambiaso.

La mañana del 25, en la gran plaza de los ejercicios militares, el caudillo a caballo, pasó revista a 400 hombres entre soldados y condenados, formados por los sargentos del Valdivia, en función de capitanes, mientras los 4 cañones del fuerte saludaban el triunfo de la revolución. Después de haber proclamado al general Cruz Presidente de la República y a Muñoz Gamero almirante de la Armada Chilena, Cambiaso recibió el juramento de la tropa que, con el nombre de “Ejército Libertador”, resultó formada de una brigada de artillería, un escuadrón de lanceros y un batallón de infantería. Puso fin a la ceremonia un solemne discurso en que dijo que esperaba pronto “acudir en auxilio del general Cruz”, que todas las operaciones y órdenes debían ser hechas en nombre del mismo general; que los capitanes (ex sargentos) debían formar una

junta para ejercer el poder judicial de la colonia; y que, en fin, esperaba de todos obediencia y lealtad en los grandes ideales de la revolución. La ceremonia terminó al grito unánime de “¡Viva Cruz!” “¡Viva la Libertad!” “¡Viva Cambiaso!”

Con respecto a los presos, no tomó ninguna venganza ni contra Salas ni tampoco contra el gobernador. A éste lo dejó libre entre los límites de la colonia bajo su palabra de honor que no intentaría complotar ni fugarse; al capitán Salas, a Dunn y los demás presos hizo comunicar que no debían temer por sus vidas si se quedaban tranquilos. Si Cambiaso era un vulgar asesino ¿qué mejor oportunidad de vengarse de sus enemigos, sobre todo del capitán Salas? Otra acusación, intencionalmente infamante, fué la de presentarlo en estado de permanente ebriedad. ¿Cómo podía tramar, organizar, convencer y dirigir en modo tan hábil la rebelión si estaba bajo la influencia del alcohol?

Pocas horas habían transcurrido, y ya una contrarrevolución estaba en camino. Se desprende del proceso que el sargento González quería que el capitán Salas se pusiera a la cabeza de la contrarrevolución, pero Salas se negó a tomar una abierta actitud por la desconfianza que le inspiraba su guardián. Conocido el caso, Cambiaso ordenó al sargento Prieto aislar a González antes que el complot tomara proporciones, y de infligirle un castigo. Reunida la Junta, los sargentos decidieron fusilarlo sin demora para dar un ejemplo a la colonia; y, en efecto, en la misma tarde, González fué ejecutado por su compañero, el sargento Aréstegui.

VI

Al atardecer del 26 de noviembre un barco que llevaba bandera norteamericana, ancló en la rada de Punta Arenas. Era la goleta “Florida”, de Nueva Orleans, al mando del capitán Charles H. Brown y del propietario Mr. B. G. Shaw. Procedía de Valparaíso transportando, por cuenta del gobierno de Santiago, 80 presidiarios,

custodiados por el capitán Pedro Avalos, condenados por el levantamiento ocurrido en el Puerto el 18 de octubre.

Vista desde a bordo la colonia nada tenía de anormal. El cabo Tapia, en la falúa del gobernador se acercó a la goleta y entregó al capitán una orden, firmada por Muñoz Gamero, de retener a los presidiarios hasta la mañana siguiente como medida de seguridad. El capitán Avalos, en cambio, cansado por la larga navegación, decidió bajar de inmediato, llevando 12 penados. Pero tan pronto llegó al patio del cuartel, fué rodeado, desarmado, y arrestado mientras los presidiarios, dejados libres, daban vivas al general Cruz. Era evidente la intención de Cambiaso de apoderarse del barco para la expedición que planeaba, y asimismo tener noticias de los sucesos crucistas en Chile. Supo así que los revolucionarios habían sido derrotados en Petorca el 14 de octubre, que en Valparaíso el levantamiento no había tenido suerte, y que Bulnes marchaba al sur en demanda de Cruz.

“La llegada de la “Florida” —escribe Encina— sugirió a Muñoz Gamero la idea de apoderarse del buque y utilizarlo para reunir elementos en Chiloé o en Valdivia, y someter con ellos a los sublevados. Ayudado por el padre Acuña y seis soldados que le habían permanecido fieles, logró embarcarse al anochecer en el bote de la gobernación con rumbo a la “Florida”. Tan pronto Cambiaso se enteró de la fuga del gobernador, hizo disparar un cañonazo para que se le arrestara”. “Por desgracia —continúa Encina— el capitán Brown, que despertó al disparo, creyó que los 12 presos llevados a tierra se habían fugado y que volvían a bordo a sublevar a los demás, y en vez de largar un espía hizo cerrar los portales. Una ráfaga de norte arrastró al bote a la costa de Tierra del Fuego, donde los náufragos cayeron en manos de los indios onas, que los desnudaron e hirieron de un lanzazo a Muñoz Gamero. Se salvaron reembarcándose y, ganada la ribera norte, después de tres noches tormentosas, se internaron en los cerros de la ensenada de Agua Fresca, donde pudieron ocultarse nutriéndose de yerbas y raíces”.

“La fuga de Muñoz Gamero —continúa Encina— provocó en Cambiaso un terrible acceso de furor. Si el gobernador lograba ganar el barco, las comunicaciones con el general Cruz no eran ya posibles y su levantamiento podía considerarse fracasado”. Mientras los oficiales-sargentos, por venganza, incendiaban la iglesia, hospital y gobernación, no sin previamente saquearlos, Cambiaso ordenaba a una patrulla de lanceros perseguir a los fugitivos. “Al día siguiente Cambiaso logró apoderarse de la “Florida”, gracias a un golpe de mano; el capitán Brown y Mr. Shaw —el último se encontraba gravemente enfermo— fueron remitidos a tierra y custodiados en la cárcel. Los confinados, alegres por el desenlace de la aventura, bajaron entre atronadores aplausos, y Cambiaso aprovechó su entusiasmo para formar con ellos su cuarto cuerpo: el de los Cadetes de Magallanes. A bordo de la goleta el cabo Tapia arrió la bandera yanqui substituyéndola por la chilena y sobre el borrado nombre del barco puso el que Cambiaso había ordenado: “Inesperada-Punta Arenas”.

El 1.º de diciembre pasó por el Estrecho el bergantín británico “Elisa Cornish”, capitán Talbot, que conducía de San Francisco a Liverpool un cargamento de metales, nueve barras de oro, una de plata y 10,000 pesos mexicanos. “Del fuerte —escribe Vicuña Mackenna— hicieron señales de auxilio y el buque contestó anclándose cerca de la “Florida”, donde recibió la visita de Tapia que traía la invitación al capitán de bajar a tierra”. En su relato el capitán Brown, que se entrevistó en la cárcel con el capitán Talbot, desmiente a don Benjamín afirmando que el bergantín ancló por su cuenta con “el propósito de pasar la noche”; y que él había desembarcado con tres pasajeros, entre los cuales el joven hijo del armador, de nombre Dean, pero que tan pronto se había internado en el patio del cuartel, había sido apresado a pesar de su extremada resistencia y engrillado.

En la mañana del 2 de diciembre Cambiaso se apoderó del bergantín. Puesto que el buque procedía de Valparaíso opinó que las barras preciosas constituían el tesoro de don Manuel Montt que,



ocultamente, se conducía a Europa. Bajo esta acusación la Junta de los sargentos decidió castigar a los ingleses con la pena capital. Y, en efecto, al amanecer del día siguiente —el capitán Talbot, Mr. Dean y Mr. Shaw— fueron pasados por las armas. El último, como armador de la “Florida”, fué hallado culpable de haber violado las leyes internacionales al haber puesto un buque extranjero al servicio del gobierno de Chile. Los cadáveres fueron colgados de un peral que se levantaba en la plaza mayor, y en la noche quemados en una pira según la costumbre de los protestantes. Se acusa a Cambiaso de extrema crueldad por estas ejecuciones inmotivadas, y de haber ahorrado la vida del capitán Brown y del piloto Smith de la “Elisa Cornish” porque ambos les eran necesarios en caso de darse a la mar. Sin embargo, no se debe olvidar que Cambiaso era el caudillo de una facción en una época en que la vida humana no tenía valor, y que, según su punto de vista revolucionario, la pena era justificada por los motivos citados. En cuanto a Brown y Smith no eran culpables, pues, la responsabilidad caía respectivamente sobre el armador Shaw y el capitán Talbot. Otra acusación grave —según don Benjamín— sería la sórdida codicia de Cambiaso de apoderarse del tesoro. En verdad, tenía que guardarlo estrictamente; pero sabemos que con los pesos mejicanos pagó dos meses de sueldos a la tropa, y con la plata hizo forjar artísticas cruces para decorar los uniformes suyos y de los oficiales crucistas.

VII

Mientras se desarrollaban en Punta Arenas los sucesos que acabamos de narrar, el gobernador y su grupo, frustrando la pesquisa de la patrulla despachada en su persecución, se dirigían hacia el fuerte Bulnes, en la bahía de San Felipe, donde suponían encontrar el barco “Tres Amigos”. No hallándolo y conociendo bien el triste fin que les esperaba en esa salvaje región, pensaron dividirse en dos grupos. Muñoz Gamero con el capellán, cansados y enfermos los dos, tomaron el camino de Punta Arenas con la esperanza de que “su

presencia determinara una reacción en los sublevados” —según escribe Encina—. Los otros tres, temerosos por sus vidas, prosiguieron el viaje a pie hacia el Pacífico en la esperanza de encontrar algún buque que los recogiera; y, en efecto, todos se salvaron a bordo de barcos que transitaban por el Estrecho.

En la marcha de regreso el gobernador y el padre fueron traicionados por un cabrero de nombre Riquelme, al cual habían recurrido en busca de alimentos; éste, adelantándose a ellos, llegó antes a Punta Arenas y ofreció a Cambiaso la entrega de los fugitivos en cambio de un salvoconducto y de 580 pesos. Sin embargo, le fué mal porque Muñoz Gamero y el capellán acababan de ser capturados por una patrulla; y Cambiaso, por medio de la Junta, hizo fusilar y colgar del peral, a Riquelme en la misma tarde, a la vista de todos, como traidor.

La suerte de los dos fugitivos fué decidida por la Junta de Guerra, formada esta vez por 36 miembros, 33 de los cuales los condenaron a muerte. La sentencia referente a Muñoz Gamero decía textualmente “se lo asase vivo por traidor a la causa del general Cruz y de la libertad”. Cambiaso, firmándola, mudó el inhumano suplicio por el fusilamiento, añadiéndole: “por haber violado su palabra de honor fugándose de la colonia”. Refiere don Benjamín que “Muñoz Gamero solicitó una última conferencia con Cambiaso, pero los sargentos Aréstegui, Aguilera y Jiménez, cebados en la matanza, no lo consintieron... Al contrario... le abrumaron de tal manera con prisiones que no podía mantenerse de pie con el peso de tres barras de grillos”.

Es preciso, aquí, hacer una aclaración. Si Cambiaso —como Vicuña Mackenna refiere— era borracho tendría, según la ley, un atenuante; pero no es así, pues el capitán Brown, que vió entonces a Cambiaso no notó tal estado de ebriedad. Ni tampoco parece atendible que “Cambiaso mandase a preguntar a Muñoz Gamero —cito aquí a Encina— si quería que antes de ser fusilado le cantasen una canción, y como éste replicase altivamente que hiciese lo que le placiera, el revolucionario porteño Francisco Pávez le cantó, a la

puerta del calabozo, el coro de la Igualitaria. Cambiaso no era tan cínico: en el proceso de Valparaíso negó la participación directa en todas las sentencias emitidas por la Junta de Guerra, sentencias que no firmó aunque las aprobase.

A las 9 de la noche los dos fugitivos fueron amarrados al peral y, el capellán antes del gobernador, fueron fusilados por dos piquetes de soldados mandados por Aguilera y Aréstegui, los cuales les dieron los golpes de gracia por la espalda como traidores. Luego el cadáver del gobernador fué arrojado a la hoguera, al compás de los acordes de la Canción Nacional y de atronadoras "vivas". El cadáver del sacerdote, en vez, fué enterrado a petición de las mujeres, a lo cual Cambiaso accedió. Después la lúgubre ceremonia se mudó en una algazara de bailes y cantos.

"Cambiaso —nos informa Encina— en ese tiempo, promulgó un código militar de 29 artículos, destinados a afianzar por el terror la obediencia de sus tropas y el aniquilamiento del enemigo". Había pena capital por fusilamiento, descuartizamiento, quemazón y otras atrocidades por cualquier infracción y crímenes militares. "Este código —escribe Vicuña Mackenna— es donde Cambiaso vació su alma entera, sin disfraz, y su cerebro convertido en coágulo de sangre". Y este código que horroriza a todos los historiadores era —¡Oigan ustedes, mis oyentes!— ni más ni menos que el código de guerra usado por el ejército español combatiente en América durante las guerras de independencia. Y lo increíble es que don Benjamín reconoce esto más adelante, en su mismo libro. El código es sin duda inhumano pero se trataba de aplicarlo en campaña de guerra, a una chusma de condenados, en mayor parte criminales, en los cuales no podía confiar como más tarde resultó. ¿En fin, lo aplicó Cambiaso? ¡No, nunca! ¿Y entonces por qué tanto ruido por nada?

Inesperadamente, la mañana del 4 de diciembre, llegó el blindado de S.M.B. "Virago", al mando del capitán Stewart, fondeando en la rada. Procedía de Inglaterra en demanda de Valparaíso donde debía substituir a la "Gorgon" de la escuadra del almirante Moresby.

Considerando imposible la captura de tan fuerte buque, Cambiaso cambió de táctica y mientras convidaba al comandante a bajar a tierra, ordenaba a su lugarteniente García simularse enfermo y, acostado, en una pieza oscura, hacerse pasar por el finado gobernador. En efecto, el capitán Stewart visitó, con sus oficiales y acompañado por Cambiaso, al supuesto Muñoz Gamero, sin ninguna sospecha; y en la misma tarde zarpó muy agradecido por los aprovisionamientos y las cortesías recibidas por jefes tan cumplidos y leales a la amistad británica.

En resumen, el 4 de diciembre, Cambiaso estaba en la culminación de su suerte. La revolución en Magallanes había triunfado: tenía un ejército de 400 hombres, una flotilla de 2 buques, un tesoro en barras de oro, y toda la región en poder suyo. El momento era propicio para salir a juntarse con el general Cruz. El destino no lo quiso. En efecto, desde el momento en que Cambiaso principió a realizar su plan, su estrella anduvo eclipsándose; y nuestra historia, que hasta ahora siguió las huellas de Encina y de Brown, irá gradualmente destacándose para adherir más a la realidad, según la lógica de los acontecimientos.

VIII

Desde la salida de la "Virago", Cambiaso empezó a prepararse para su gran expedición. En una reunión de la Junta de Guerra decidió usar los dos buques y zarpar luego para Chile, en demanda de Arauco. En seguida puso en libertad al capitán Brown y al piloto Smith para que alistaran los buques. El día 5 se promovió a coronel para poder el día siguiente hacerlo a general de división. Lo mismo hizo con García a quien nombró general de brigada. El día 13 promulgó el famoso código militar.

El relajamiento de la disciplina y el libre comercio con los indios habían mudado la timidez de estos últimos en atrevimiento hasta el punto de hacer desaparecer algunas cabezas de ganado. Para darles una lección, Cambiaso hizo ahorcar a tres jóvenes ladrones y a una vieja que actuaba como espía, en los bosques del inte-

rior; los onas, en represalia, degollaron, en pocos días, a todos los animales de la cercanía. Así terminó la Pascua de 1851. El 31 se completó el cargamento de los buques. El día de Año Nuevo tuvo lugar la gran fiesta de despedida.

El 2 de enero de 1852 se efectuó el embarque. La "Florida" hospedó a Cambiaso, su estado mayor con el tesoro, los presos Pedro Avalos y Santiago Dunn, y 250 soldados escogidos del "Ejército Libertador"; en la "Elisa Cornish" subieron cerca de 200 personas entre mujeres, niños, soldados y civiles y los presos Salas y Díaz al mando del sargento Briones. Antes de zarpar, Cambiaso dió orden de almacenar en el fuerte los víveres restantes y dar fuego a las chozas que quedaban fuera del recinto para que los indígenas no se aprovecharan de ellas.

Finalmente al estruendo de un cañonazo la flotilla revolucionaria levó anclas y emprendió viaje contra el huracanado viento del oeste. Al atardecer del día siguiente llegó a San Felipe, donde Cambiaso quiso proveerse de agua, de algunas vacas y también para obtener noticias de Chile. En efecto, en Punta Santa Ana había el barril-correo de la correspondencia que los buques se intercambiaban pasando por el Estrecho. En 1848 habían transitado en él 65 navíos, pero se habían multiplicado en los años sucesivos por causa del descubrimiento del oro en California. Casi cada día se avistaban barcos. El "Lima" de la P. S. N. C. debía pasar ese mismo día, y en efecto recaló en Punta Arenas atraído por el humo del incendio y, recogiendo tres vaqueros, había salido y observado luces en San Felipe sin sospechar que se trataba de la flotilla de Cambiaso. Era este el vapor que debía llevar primero a Valparaíso la noticia de la sublevación de Punta Arenas. ¿Qué noticias pudo recoger Cambiaso en Santa Ana? Supo, acaso, que el 8 de diciembre el general Cruz había sido derrotado en Loncomilla y que el 14 había firmado el Tratado de Purapel que ponía término a la revolución?

En San Felipe un naufrago francés informó a Cambiaso que en Puerto Solano estaba encallada la barca "Garonne", cargada con

mercaderías varias, vino y licores. Por tres días la flotilla navegó contra viento y corrientes para superar esas 35 millas que hay entre los dos puntos. El mal tiempo y el buen vino alargaron la estadía a cinco días —y narra el capitán Brown— “que la borrachera fué general”.

En Puerto Solano, Cambiaso mudó improvisadamente sus planes. Puede ser que este cambio se debiera al hecho que ya conocía el fracaso de la revolución, o, más bien, causado por el fuerte viento y la corriente contraria que dificultaban la rápida navegación en una ruta obligada donde podía encontrar la escuadra chilena: lo cierto es que ordenó al capitán Brown estar listo para cambiar de ruta. En cuanto a la “Elisa Cornish”, podía proseguir su camino, pues ella no tenía apuro y si hubiese hallado los buques chilenos nada la amenazaba. Sin embargo, un problema se presentó: la “Florida” estaba sobrecargada para un viaje tan aventurado. Cambiaso lo resolvió abandonando a tierra una cincuentena de soldados mientras alzaba velas; y así la goleta zarpó en la mañana del 12, rumbo al Océano Atlántico.

El 14 de diciembre la “Florida” amaneció en Punta Arenas, donde se ancló por pocas horas, y en la tarde bajó ancla cerca del Cabo San Gregorio, a 50 millas del Cabo Vírgenes. ¿Dónde se dirigía? ¿Cuál era la mira de Cambiaso? A este punto sus detractores conjeturan: unos suponen que quería alcanzar el Brasil, otros Europa, para gozar de su riqueza después, por supuesto, de haber asesinado a todos sus cómplices... Conjetura por conjetura podemos decir que si Cambiaso ignoraba el fracaso de la revolución, su intención era la de correr en ayuda del general Cruz pasando por el Cabos de Hornos; si tal fracaso no conocía, podía bien pensar alcanzar el Brasil para ayudar a los revolucionarios del Atlántico. Contra Rosas, el tirano de Buenos Aires, se habían levantado argentinos, uruguayos y brasileños. La guerra, en ese entonces, se desarrollaba en territorio oriental. Montevideo estaba sitiada. Allá podía ir a ofrecer su espada a la causa de la libertad. El capitán Brown nos relata que la nueva ruta tenía que revelarse tan pronto alcan-

zaran el Océano Atlántico, y estaba esperando la orden... Sin embargo, Cambiaso no tuvo tiempo de dársela: Antes de doblar el Cabo Vírgenes, esa misma noche, los acontecimientos se precipitaron...

La narración verídica del contramotín la debemos al diario del capitán Brown. En el proceso todos se lucieron como promotores y actores del complot, y es obvia la razón de semejante proeza. La verdad es que la idea de apresar a Cambiaso fué del capitán de la "Florida", quien en inglés la comunicó al secretario Dunn; y los dos juntos tantearon a Avalos, Villegas, Prieto y los demás que la aceptaron con entusiasmo. A la una y media de la madrugada tres grupos irrumpieron sorprendentemente en los camarotes de Cambiaso, de García y de los sargentos, cogiéndolos todavía en el sueño. "Cambiaso —narra Brown— peleó fuerte, pero al fin fué dominado y atado con cuerdas... estaba tendido en su cama, amarrado de pies y manos, y al vernos entrar y comenzar a ponerle los grillos, dijo: —¿Van ustedes a fusilarme? ¡Denme quince minutos para prepararme!"—. No, no fué un cobarde quien resistió y habló de tal modo, aunque Vicuña Mackenna opine lo contrario. Y tampoco —añade Brown— participó Cambiaso en las dos graves tentativas de sublevación que ocurrieron a bordo de la "Florida" que, enarbolando la bandera estadounidense, siguió viaje doblando el Cabo de Hornos en demanda de Ancud.

El gobierno de Santiago, mientras tanto, había conocido los sucesos con la llegada del vapor "Lima". Imagínense ustedes la ira del capitán Stewart de la "Virago", el cual pocos días antes había traído óptimas noticias de la colonia. Al conocer lo ocurrido el almirante Moresby declaró pirata a Cambiaso, y despachó, de acuerdo con Santiago, la "Virago" en persecución de la flotilla. Por su cuenta el gobierno chileno envió los buques "Meteoro" e "Infatigable". La "Virago", en su largo crucero, no encontró a la "Florida", pero capturó la "Elisa Cornish", en el Estrecho; y quiso la coincidencia que cuando llegó de vuelta a Ancud, la "Florida" ya estaba fondeada en el mismo puerto.

El capitán Stewart, violando las leyes internacionales y la soberanía chilena, hizo arriar la bandera norteamericana de la "Florida" y, como presa de guerra, la condujo a Valparaíso. Allí el almirante Moresby quería imponerse a Montt, y el proceso a los "piratas de Magallanes" se hubiera tenido en un blindado de S. M. B. si Londres, al fin, no hubiese cedido a la petición del gobierno chileno. No se sorprendan nuestros oyentes si recordamos que, en ese entonces, Chile era tratado como un potentado oriental, es decir, no podía juzgar a un súbdito británico en sus propios tribunales. Nadie en el mundo podía oponerse a la "Pérfida Albión". Y bien lo sabe Chile que por orden del almirante Moresby, tuvo que arriar el pabellón nacional del vapor "Arauco", en el puerto de Talcahuano. Asimismo no pudo tampoco oponerse Estados Unidos al atropello de la "Florida"... Ese Estados Unidos y ese Chile que, en 1814, en la bahía de Valparaíso, habían visto hundirse la corbeta norteamericana "Essex" bajo los cañonazos de las británicas "Phoebe" y "Cherub", las cuales se burlaron de la soberanía chilena violada en sus aguas territoriales.

IX

El proceso de Valparaíso fué impuesto por los británicos. El ultraje hecho por Cambiaso a la nación inglesa —apresando la "Elisa Cornish" y ejecutando a Talbot y Dean—, no podía quedar impune. Un episodio de la revolución se volvía un acto de piratería. El débil gobierno chileno frente al coloso del mar no podía dejar de obedecer.

La guerra civil, despiadada como nunca en los campos de batalla, había sido, al revés, muy condescendiente alrededor de la mesa de paz. De los 32 condenados a muerte por el motín de Santiago —y Vicuña Mackenna entre ellos— ninguno había sido ejecutado. El Tratado de Purapel garantizaba libertad absoluta a todos los rebeldes, y primero entre ellos a don Pedro, padre de don Benjamín. ¡Nadie, nadie subió al cadalso! Por ese motivo también Cam-

biaso debía salir favorecido. ¡Al contrario fué el único, con sus subalternos por supuesto, que pagó en persona!

En el proceso, que duró todo el mes de marzo, solamente dos hombres podían decir la verdad: Cambiaso sobre cuya cabeza pesaba inexorablemente la pena capital; y el capitán Brown que, sin ser acusado, por cuanto fué víctima del caudillo, no tenía ningún interés en no decir la verdad. Así ocurrió que el primero fué sincero y no negó su responsabilidad, mientras al segundo se le negó el derecho de testimoniar. Los demás reos mintieron en su propio provecho, inculpando de todo a Cambiaso, y barajándose las acusaciones algunos para aliviar la pena, otros para evadir la condena a muerte. La Diosa Justicia se prostituyó en favor de García: éste no fué juzgado con Cambiaso. Su proceso fué aplazado intencionalmente para salvarlo. Cómplice principal y necesario, García, por intrigas familiares y políticas, se autonombró salvador de la colonia pues se le dió tiempo para escribir un "diario" que tuerce los acontecimientos *pro domo sua*, y catequizar a sus testigos. De un atento examen de este "diario" sobresalen esas alteraciones que hasta don Francisco Encina califica de "impostura por haber sido escrito *a posteriori* con la intención de atenuar su culpabilidad". Mi propósito era averiguar hasta el último las discrepancias que surgían del proceso con los acontecimientos relatados por don Benjamín; sin embargo, me fué imposible. Las actas originales del proceso habían desaparecido misteriosamente en ese entonces —¡sí, señores, misteriosamente!— y sólo hoy tenemos, en el Archivo Nacional, una copia que por ser copia bien puede ser apócrifa.

Por lo que he podido leer en la prensa porteña del tiempo pude averiguar que Cambiaso se mostró estoico y digno frente a los jueces del Consejo de Guerra. Contestó con monosílabos más que con frases. Asumió todas las responsabilidades, pero negando su participación directa en las condenas, pues era la Junta de los sargentos la que imponía las sentencias, y a él no quedaba más que aprobarlas. En efecto, no se encontró ninguna sentencia firmada por él. De todo, en conjunto, tuve la impresión que José Miguel Cambia-

so, orgulloso de su propia belleza física, era vano, ambicioso, impulsivo, y también enérgico pero de una energía limitada por el predominio de los brutales sargentos. De inteligencia, trato y cultura superior al ambiente en que había caído, habría podido ser un honrado y útil ciudadano si las circunstancias no lo hubiesen levantado, tan joven, a un puesto tan elevado.

El 2 de abril el Consejo de Guerra dictó la sentencia: fusilamiento para todos sin distinción, es decir, para el teniente Villegas, los sargentos Aguilera, Aréstegui, Briones, Jiménez, el carpintero Riquelme, el marinero Tapia, con la agravante del descuartizamiento para Cambiaso. El 4 de abril tuvo lugar la ejecución en el cerro Panteón en presencia de una inmensa muchedumbre. “Cambiaso almorzó tranquilamente” —narra Enrique Bunster— “y bebió una botella de bordeos; después escobilló su uniforme y se acicaló la barba y el peinado. Al llegar al lugar del suplicio mostró un absoluto dominio de sí mismo. Se arrodilló a los pies del confesor y conversó con él sin emoción alguna. Antes de sentarse en el banquillo improvisó un discurso para declararse culpable de todos los delitos de que era acusado “¡porque —dijo— al borde del sepulcro hay que limpiar la conciencia!” ¿Podía ser éste el oficial declarado cobarde por todos sus detractores?

Cambiaso vió fusilar uno por uno, ante él, a todos sus cómplices, y cuando fué su turno no titubeó un instante, sino fríamente indicó su pecho al pelotón de ejecución. Y ahora, señores oyentes, oigan ustedes la horrible escena del descuartizamiento descrita por el mismo Vicuña Mackenna: “Un mozo perdido que llevaba el apellido y la sangre de una de las más ilustres familias de Chile, se ofreció para aquel oficio en cambio de su libertad. Hollinóse con este objeto la cara y procedió a ejecutar su empeño con tanta brutal petulancia como torpeza, porque estuvo más de tres horas aserrando los miembros del ensangrentado cadáver o cortándolo con una hacha en medio de la indignada muchedumbre hasta que —añade don Enrique Bunster— la concurrencia, fuera de sí, lo apedreó, y lo hizo huir por la quebrada dando alaridos”.

¿En nombre de quién se hizo justicia? ¿En nombre del pueblo? ¡No, señores! Vicuña Mackenna mismo confiesa que el pueblo de Valparaíso, durante el proceso, simpatizó con Cambiaso, considerándolo una víctima de la prepotencia extranjera.

X

Tiempo es ya que yo termine mi disertación. Visto desde lejos y con mente serena, el motín de Punta Arenas no es más que un episodio de la Guerra Civil, y se asocia a todos los otros motines ocurridos en las ciudades chilenas. Como último episodio, este drama se elevó a la altura de una contienda no política sino de pura piratería. ¿Cuáles fueron las causas principales de la condena de Cambiaso? Además de las que conocemos y que son falsas o exageradas o inventadas, hay la causa xenófoba, por haber sido Cambiaso hijo de extranjero, con figura física y nombre extranjeros; hay la causa social, por no haber sido relacionado con familias influyentes de la capital como lo eran los Vicuña, los Gamero, los García, aparte de no haber tenido tampoco crédito en las filas de los igualitarios, pues ninguno en ese momento lo habría reconocido por compañero; y, en fin, hay la causa psicológica, de todas las otras la más importante, es decir la sensacional lectura de su código militar, exhibido expresamente para cambiar la opinión pública, la cual, como se dijo, veía en Cambiaso una víctima de la revolución sacrificada a la voracidad británica.

En el tribunal de la Historia armó su pluma don Benjamín Vicuña Mackenna para matar a un hombre que ya estaba muerto. ¿Por qué este irreductible odio en el italófobo escritor que, sea dicho entre paréntesis, suprimió la enseñanza del latín en las escuelas chilenas? Ya es tiempo de revelar sus motivos: no sólo los Vicuña eran parientes de los Muñoz Gamero; no sólo don Benjamín pololeaba con la hermana del gobernador tanto que la comprometió en el episodio de la fuga de la cárcel, sino que, exaltado por la

figura "heroica" del teniente García, tomó por evangelio todas las invenciones de su artificioso "diario".

Permítanme ustedes que yo declare muy alto que si el general Cruz hubiera triunfado, también Cambiaso, como tantos otros, habría sido un héroe. Los vencedores siempre son campeones; los vencidos criminales. Las guerras mundiales nos lo enseñan. También la Historia está llena de ejemplos. No quiero aquí desestimar a los grandes hombres que todos conocemos. Sin embargo, quién no sabe que el prócer de la patria armó la mano que puso término a los días de don Manuel Rodríguez. ¿Si no hubiera triunfado no habría debido responder por la muerte de un patriota? ¿Y qué de Simón Bolívar? ¿Acaso declarando la guerra sin cuartel a los españoles no hizo ejecutar a 880 prisioneros —¡a 880 hombres vivos y sanos, señores!— en las cárceles de La Guaira y de Caracas, en febrero de 1814? ¡Ochocientos ochenta son más que once, si no me equivoco! Por la dicha de América triunfó; pero ¿y si fracasaba?

En las revoluciones, la Diosa Justicia exhibe dos coronas; una de laureles, la otra de espinas: con la primera se puede hacer de un tirano un héroe, con la segunda, de un valiente, un criminal. ¡Así siempre, siempre en el mundo ilusorio de los hombres! La pasión política, sobre todo, ofusca el juicio de los contemporáneos; y es por ésto que a la posteridad incumbe la última palabra. El proceso de Valparaíso reabre su puerta. Para Cambiaso, para este hijo de la revolución que nunca ha tenido un válido defensor tanto en el Consejo de Guerra como en la escena de la Historia, hoy, por fin, uno se levanta, y todos ustedes, que representan el pueblo de Chile reunido en jurado, serenamente dice: *¡he terminado mi defensas! ¡a ustedes el deber de juzgarlo!*

Santiago, abril de 1955.